

Intervención de: D. Alejandro Vega Riego

Sras y sres, les doy en primer lugar la bienvenida a Villaviciosa, especialmente, a la familia Corripio-Alonso y a todas las personas que han querido y podido acompañarles en este acto, especialmente a los que, como el Excmo. Sr. Embajador, nos visitan desde otros lugares, en su caso, ostentando la máxima representación de la República Dominicana en España. Así como a todas las instituciones y sociedad civil aquí representada.

En un día como hoy, en el que se presenta este nuevo proyecto de la familia Corripio-Alonso, que ya es realidad, como expresión de la voluntad de sus fundadores y del compromiso con ésta, que es su tierra, quiero hablar de los valores que representan y que están en su raíz.

Quiero hacerlo, a través de algunos símbolos de su historia familiar. De pumaraes, de robles y de palmeras. Esa es la simbología que caracterizó la vida de muchos de nuestros emigrantes, como ejemplifica muy bien el título de dos de las obras del escritor e indiano asturiano, que mejor ha escrito sobre Asturias y su trasunto americano, Alfonso Camín. Este poeta indiano, vivió entre 1890-1982, repartido entre Asturias, Cuba y México. Esas dos obras, autobiográficas, se titularon, Entre manzanos (Niñez por duros caminos) (1952) y Entre palmeras (Vidas emigrantes) (1958).

Y es que veamos. En La Pumarada (lugar poblado de manzanos) en Valbuena (Cabranes), nació D. Manuel Corripio García (1908-2004), muy cerca de Niao, la tierra de su esposa, Dña. Sara Estrada Corripio. Bajo el roble de La Rionda, en Arroes (Villaviciosa), nació D. José Luis Corripio Estrada (Pepin), el 12 de marzo de 1934. Y muy cerca del roblón de Coya (Piloña), en Villabaxu, nació Dña. Ana María Alonso García, hija de D. Alfonso Alonso Huerta y Lucía García Corripio.

Sabemos que roble, viene del latín "quercus" o "robur", que por extensión, alude a la madera dura y fuerte de este árbol; de ahí que "robur" también signifique "fuerza" o "vigor". En asturianu decimos: "ye duru/fuerte como un roble" o "tas como un roble".

Y en este aspecto, querida familia, ganaron los de Coya...No tengo datos del roble de La Rionda en Arroes, pero me temo que no podrá superar al roblón de Coya: 12 metros de altura, un perímetro de tronco de 4,80 metros y se estima que tiene 1000 años de antigüedad...

Y luego están las palmeras. Las de allá, las de esa maravillosa isla que, se llamó La Española, hoy República Dominicana, que acogió y cautivó a esta familia y a tantos asturianos; y las que aquí, que plantasteis junto a las casas de origen, como han hecho tantos indianos.

La historia de esta familia es la de la buena madera que da buenos frutos, por la fortaleza y nobleza de su raíz, pero también por el esfuerzo y la dedicación que requieren nuestros pumaraes, para que puedan germinar, florecer, y dar buen fruto.

No me resisto hoy a citar el poema de Alfonso Camín: El retorno a la tierra, escrito en México, en 1948. Cuando retorno a la quintana, pienso en lo que fui y en lo que soy;/ recorro la altiva cumbre, el farallón inmenso/el peñascal de donde salta el chorro fuerte del manantial/. El humo denso del horno familiar./ El abejorro en los castaños. /El maíz suspenso de la panera en la heredad./ El corro de mozas en el baile y en la fuente/, el roble hermano que al terrón se aferra, y me interroga inexorablemente/: si soy el roble con el viento en guerra, ¿cómo viví con la raíz ausente?

¿Cómo se puede florecer sin tierra?.

D. Ramón, primero, D. Manuel (en aquellos primeros pasos en el Colmado Lavandero, junto con otros emigrantes cabraneses..), Dña. Sara. D. Pepin, Dña, Ana María, después; y ahora sus hijos, hijas, y nietos, nietas y bisnietos, son la respuesta, a esa pregunta con la que concluye el poema: se puede florecer sin tierra (referida a la de origen), cuando se logra echar raíces, como ellos lo han hecho en República Dominicana, hasta querer al país, como al propio de nacimiento.

La filósofa y activista francesa, Simone Weil, lo explica así, en su libro Echar raíces (1943). Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos de futuro. Participación natural, esto es, inducida automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el entorno. El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual en los medios de que forma parte naturalmente.

Y aquí llegamos a los valores, el alimento fundamental para cualquier crecimiento, no en este caso de los árboles y sino de las personas. Hablamos, de creencias, de trabajo, de esfuerzo, de honradez, de bondad.

El esforzado trabajo, desde el origen humilde de tantos emigrantes, se ejemplifica muy bien en los frutos de la cosecha Corripio-Alonso.

Creación de riqueza y empleo, y sin olvidar, como caracterizó a nuestros indianos, el compromiso con la sociedad de origen, con su tierra; en la educación, en la cultura, en la iglesia, el cementerio, la fiesta o la traída de aguas del pueblu..., también en inversiones y empresa. Y en el caso, de la familia Corripio-Alonso, también en la de acogida, como prueba su gran labor a través de la Fundación Corripio de la República Dominicana.

Hoy se presenta un nuevo fruto, de la pumarada, de los robles y de las palmeras.... Un nuevo fruto del esfuerzo y la generosidad que ha caracterizado a esta familia. Y por ello, solo me cabe reiterar el agradecimiento por este gesto, por vuestra obra; y desear a D. Pepín y Ana María, salud y vida, junto a los suyos, y junto a todos nosotros, aquí y allá, en su doble tierra, de España y la República Dominicana.

Muchas gracias.